

sangre. En estos mismos despachos, anuló los repartimientos que Cortés habia hecho de los indios entre los oficiales de su ejército, declarando á los mexicanos libres de toda esclavitud: dió instrucciones para la fundacion de nuevas colonias españolas, para el nombramiento de ayuntamientos, compostura de caminos públicos; y designó las armas que debian formar el escudo de México.

Esta sábia y prudente determinacion de Carlos V reparaba en gran parte la injusticia con que se habian pisoteado los derechos de los mexicanos y fué aplaudida por los hombres íntegros, que no posponen la justicia y lo mas sagrado de los derechos de la sociedad, á sus mezquinos intereses particulares; pero los compañeros de Cortés que solo proclamaban los sagrados derechos de la religion y de la autoridad de su soberano, para favorecer sus miras personales, se manifestaron descontentos por la resolucion del Emperador, y como de su opinion no diferia mucho la de Cortés, fácilmente lo inclinaron á suspender la ejecucion de estas órdenes y dar nuevo informe al rey, para conseguir su derogacion. (3)

CAPITULO XXXII.

Espedicion de Cortés á Pánuco: sucesos de Tustepec; y llegada de Francisco Garay, como gobernador de Pánuco.

Desde que Cortés llegó á las playas de Veracruz, mandó una espedicion como ya hemos dicho, que recorriera la costa y fué reconocido hasta el Pánuco por Francisco de

(3) P. Cavo. Los tres siglos de México, lib. 1.º

Montejo: desde entonces, pensó el general sujetar aquellas tierras, así por las ventajas que ellas pudieran proporcionarle con sus frutos, como por la comodidad de situar un puerto donde las embarcaciones pudieran estar al abrigo de los vientos nortes; pero no bastando su fuerza para llevar á cabo esta empresa á la vez que la invasion del reino de México, la difirió hasta mejor ocasion.

Ahora estando ya libre de las atenciones principales en México y teniendo noticia, que la belicosa nacion de los Huastecas, que eran los pobladores del Pánuco, se preparaban á hacer armas contra los españoles, salió con su ejército, hasta entrar en el primer pueblo de la provincia revelada, donde con sus viveres, pudieran pasar algunos dias los soldados, para entrar en negociaciones de paz, antes que dar principio á una campaña, que por el carácter de los enemigos y la fragosidad del terreno, podia ser de funestas consecuencias para el ejército castellano.

De allí llamó á los gobernadores ó señores principales de las inmediatas poblaciones, para que con su influjo hicieran deponer las armas á sus nacionales, haciéndoles presente que si se mantenian en paz y amistad con los españoles, disfrutarian de la tranquilidad en sus hogares y las cosechas de sus sementeras; pero que si se obstinaban en sus miras hostiles, los tratarian como enemigos, llevando la muerte y la desolacion por toda su nacion. Los Huastecos fiados en la superioridad de su número, en su natural bravura y tal vez mas que todo, en las ventajas que les proporcionaba el escabroso suelo que debia ser el teatro de la guerra, vieron con desprecio la invitacion del general, por lo cual tuvo éste que salir con sus tropas distribuidas en tres filas, á los lugares donde estaban los rebeldes: tuvo con ellos dos reñidos encuentros en que los naturales sufrieron grandes pérdidas y entonces Cortés los volvió á invitar á la paz valiéndose para esto del P. Olme-

do acompañado de algunos de los principales prisioneros. El prudente religioso por medio de los intérpretes, representó á los indios los males que tendrian que sufrir en una guerra contra enemigos tan poderosos por su disciplina y la ventaja de sus armas: les pintó con los mas vivos colores el lúgubre espectáculo de la floreciente Tenoxtitlan, convertida en unos cuantos dias en escombros; y procurando atraerlos con el cariño y afabilidad, los corazones de aquellos guerreros se desnudaron de su natural fiereza y muchos de ellos en compañía del mismo religioso, vinieron a ofrecer á Cortés la sumision de sus personas, representada en el tributo que pagaban al rey de España en algunos objetos de poco valor.

Satisfecho el general con la disposicion de estos naturales, pasó el rio, donde los indios le opusieron una tenaz resistencia, envalentonados con el destrozo que habian hecho en las fuerzas de la primera espedicion de Garay en aquella provincia; pero no correspondiendo en esta vez el resultado á sus esperanzas, quedaron vencidos y para escapar de un castigo inexorable, se rindieron y ofrecieron su vasallage al monarca español. Cortés estaba contento del resultado de su espedicion y para asegurar perpetuamente los resultados de su victoria sobre aquellos pueblos, fundó un lugar á que dió el nombre de San Estévan del Puerto, en la cual dejó una guarnicion española al mando del capitan Pedro Vallejo: y nombrando los alcaldes y regidores, dejando á todos las instrucciones para su gobierno volvió á México con el resto de sus fuerzas.

En estos dias recibió la noticia de que sesenta españoles que habia mandado por la provincia de Tustepec, en busca de las vetas metálicas de donde los mexicanos sacaban gran parte del oro en que abundaba el imperio, habian sido muertos á manos de los naturales, dirigidos por algunos capitanes aztecas, que no queriendo sujetarse á

la pesada dominacion española, buscaban el consuelo de su libertad, en los montes ó en los pueblos que aun no estaban sujetos al yugo castellano. Luego que Cortés recibió la funesta nueva del fin de estos desgraciados compañeros suyos, ordenó que Gonzalo de Sandoval llevase doscientos infantes, cuarenta caballos y algunos indios aliados, para vengar la atrocidad que los tuztepeques habian cometido con sus nacionales. El gobernador de la provincia, sabiendo la fuerza que iba en su contra, no se atrevió á resistirla con la fuerza, temiendo los terribles estragos á que sus pueblos quedaban espuestos con el furor de los españoles en un caso desgraciado para ellos en la campaña; y como un proceder político aconsejado por la prudencia, determinó desarmar la cólera del gefe de sus enemigos, con una conducta amistosa y deprecatoria, reservando para mejor ocasion, hacer uso de las armas. Cuando ya se acercaba Sandoval, salió el gobernador á recibirlo amistosamente, ofreciéndole cómodos hospedages para su tropa y su buena disposicion para reconocer la autoridad de las armas españolas. Sandoval le significó su deseo de que la amistad de la provincia para con ellos, estuviera marcada con el sello de la sinceridad, como lo estaba la de otros muchos pueblos y le encareció las ventajas que resultarian á él y todos sus súbditos, en ser vasallos de un rey tan poderoso y benigno como pintó al monarca de Castilla.

El gobernador se manifestó inclinado á los razonamientos de Sandoval y pronto presentó á los suyos, para que todos rindieran el acatamiento que se pedia para el soberano en cuyo nombre se conquistaba la tierra. El capitan agradeció al gobernador sus buenos oficios y pronta voluntad para aceptar su autoridad, é informado del lugar donde se guarecian los mexicanos que habian capitaneado la triste jornada en que perecieron los sesenta es-

pañoles, salió en su contra: en el primer encuentro, los mexicanos hicieron una bizarra resistencia; pero dominados al fin por el número y superioridad de las armas de sus contrarios, no tuvieron mas defensa que rendir las armas y hechos todos prisioneros, Sandoval volvió con ellos á Tuztepec, donde en el acto se encendió una hoguera y en presencia de todo el pueblo, fué arrojado á ella el caudillo de aquellos desgraciados, que pronto fué devorado por las llamas y convertido á ceniza.

Aun se iba á seguir el mismo ejemplar castigo con todos los prisioneros cuando el gobernador se acercó al jefe español y dijo. “Jamás el rencor se hospeda en los pechos generosos, por mas que los agravios agiten su corazón; y es mayor el triunfo que se consigue cuando la clemencia perdona, que cuando se descarga inexorable el rigoroso castigo. Bien conozco el justo enojo que os impulsa y que ninguna satisfaccion podrá equipararse á la grandeza del delito; pero cuando mas grandes son las ofensas que se reciben, mejor es cubrirlas con la capa del olvido, que esponerse á dejarlas mal vengadas: tanto mas, cuando el castigo del principal delincuente puede asegurar el escarmiento en los cómplices. No se diga que el rigor y la crueldad dominan la liberalidad de vuestro espíritu: á vuestra nobleza apelo para obtener el perdón de estos infelices, que separados de los umbrales de una muerte segura, por vuestra generosidad, vivirán arrepentidos de su delito y agradecidos de vuestra clemencia, que es lo mas conveniente á los intereses de vuestro católico Monarca.”

Como Sandoval, no era llevado de los sentimientos sanguinarios que predominaban en otros de sus compañeros, mas bien quería atraerse los afectos de los naturales, que emplear innecesariamente la violencia, por lo cuál facilmente accedió á la solicitud del gobernador, y este quedó mas obligado para con los españoles, por aquella prueba

de consideracion. Allí mismo se informó Sandoval que con la provincia de Tuztepec, confinaban la de Tiltepec y la de los Zapotecas, las que quiso reducir á la obediencia de su gobierno por medios suaves: para esto mandó llamar á los señores de ellas, ofreciéndoles la paz; pero como se negaron á escuchar proposiciones en este sentido, mandó una pequeña fuerza española, aliada con otra mexicana y al mando del capitán Briones, para que redujera á los pueblos que se negaban á aceptar voluntariamente el yugo de los extranjeros.

Salió Briones á ejecutar aquellas órdenes; y los enemigos, advertidos de su marcha, se refugiaron á un monte, cuya aspereza dificultaba las operaciones de los aliados: estos se empeñaron en vencer los obstáculos que les presentaba el terreno y la niebla que ese día la cubria; pero cuando se habian colocado en la mas difícil posicion, los naturales cargaron sobre ellos con tan impetuoso esfuerzo, que fué imposible resistirlos, y el capitán tuvo que regresar hasta Tuztepec, para dar cuenta del mal éxito de su expedicion. Sandoval reprendió con bastante severidad á Briones y dió las órdenes convenientes para que se alistara toda su fuerza, con la cual personalmente pensaba emprender la campaña, castigando la obstinacion del enemigo con destruir sus pueblos y ciudades y entregar a sus habitantes al furor de sus soldados. Esta amenaza que se difundió rápidamente, llegó pronto á los mismos pueblos amenazados, los cuales antes que esponerse á la completa destruccion, pensaron rendirse, yendo los principales señores á implorar la clemencia de Sandoval, protestando la obediencia á su poderoso rey, en prueba de lo cual llevaban como tributo algun oro y otras preciosidades que ofrecian como primicias de su vasallage.

Con todo lo que hasta aquí habia hecho Sandoval, se habia captado la obediencia de todos los pueblos, prece-

CAJILLA ALFONSO

diendo unos por temor que les inspiraba el valor de los españoles y otros por la prudencia y discrecion con que el capitán había procedido: así es que, luego vinieron los señores de Xaltepec, así á ofrecerle la obediencia y reconocimiento con el pago de su tributo, como pidiéndole al mismo tiempo, auxilio para castigar á los Minxes, pueblo inquieto y belicoso, que sin cesar turbaba el reposo y la tranquilidad de sus estados. Sandoval, no pudo despreciar aquella oportunidad de ensanchar los dominios de su soberano; y aunque con sentimiento de los Tuztepeques, que tanto se habían agradado de su carácter, salió para Xaltepec, donde fué recibido con grande aprecio de todo el pueblo y muy particularmente de la nobleza. Agradado sobre manera el capitán, de la suavidad del clima de aquella provincia, la feracidad de la tierra y las riquezas de las minas que había en su territorio, pensó establecer luego un lugar y para ello eligió un punto á propósito cerca del río Chalchocueca, que los españoles llamaron de las banderas, poniendo á la nueva fundación el nombre de Medellín, nombre de su misma patria: nombró por tesorero real á un oficial llamado Luis Marin: repartió tierras entre sus soldados para que poblaran; y pasó sin contradicción de los nacionales, sujetando las provincias de Guazcaltepec, Chinantla, Coatzacoalco y pasado el río, las de Copilco, Cimatan, Tabasco y otras, fundando allí también otra población á la cual se dió el nombre de Villa de Espíritu Santo.

Estaba ocupado Sandoval en estos quehaceres de arreglar las nuevas poblaciones que había fundado, el repartimiento de tierras y dictar todas las medidas conducentes á la seguridad y progreso de los intereses de la corona de Castilla en todas las provincias que se acababan de someter, cuando llegó un buque procedente de la isla de Cuba, trayendo á varios españoles á quienes había entusiasmado la gran fama de la afortunada conquista de Cor-

tés: entre estas personas, venia también la señora D^a Catalina Juarez, esposa del conquistador; y apenas supo esto el capitán Gonzalo de Sandoval, se apresuró á presentar sus servicios á la esposa de su general, acompañándola hasta México, para dispensarles en todo el camino las atenciones y servicios, como si con ellos agradara á su general.

Los españoles que se quedaron, tenían las instrucciones convenientes para mantener la paz en todas las provincias; pero apenas los indios descontentos de la conquista, supieron la separación del jefe, quisieron aprovechar su ausencia y la división en que quedaban los españoles, rebelándose para recobrar su anterior independencia.

Luego que Cortés tuvo aviso de este movimiento, mandó á Cristóbal de Olid con alguna fuerza que lo reprimiera, el cual entró en los términos de las provincias rebeldas, combatiendo á los ejércitos indígenas, que favorecidos con la escabrosidad del terreno, hicieron alguna resistencia; pero siendo al fin vencidos, los demás se vieron obligados á pedir capitulaciones, ofreciendo seguir en la obediencia que ya antes habían prometido, aceptando Olid aquellas proposiciones sin esforzarse en llevar adelante el castigo, porque su tropa se hallaba maltratada con las fatigas de las apresuradas marchas.

Apenas Olid se volvió para México sin tomar nuevas precauciones para dejar asegurada su obra, cuando los pueblos volvieron á sublevarse: y llegando á Cortés esta nueva, conoció la importancia de Gonzalo de Sandoval para dejar asegurada la paz, en las provincias que él mismo había conquistado, lo mandó con alguna tropa: con ella penetró á los lugares sublevados, y llevados sus habitantes del cariño que habían profesado á Sandoval, se le rindieron sin necesidad de recurrir á las armas; pero para dejar asegurada la paz y vencer la tenacidad de los indí-

genas, sin tener que recurrir á nuevas expediciones del ejército, averiguó quienes habian sido los principales autores de la rebelion, les mandó aplicar el formidable castigo de la muerte, con lo cual atemorizados los pueblos, no volvieron á intentar mas rebelarse contra el yugo que les habia impuesto la imprudente debilidad de sus señores. (1)

En este tiempo se determinó Francisco Garay alistar en Jamaica una armada, para pasar á Pánuco á ejercer el empleo de gobernador, cuyos despachos hacia tiempo le habian sido conferidos por la regencia del reino y autorizacion del Sr. Obispo Fonseca, presidente del consejo de Indias: para ésto alistó nueve navios con su respectiva tripulacion, ochocientos cuarenta infantes, ciento treinta y seis caballos y las necesarias municiones para la empresa.

Llegó al rio de las Palmas, en cuya embocadura desembarcaron algunos soldados, y dando informes de ser sus cercanías un terreno estéril, se embarcaron y siguieron hasta el rio Pánuco, donde Garay saltó á tierra con su tropa, dejando las embarcaciones al mando del capitan Juan de Grijalva: caminaron algo por tierra hasta estar cerca de un pueblo, á cuyos naturales acarició Garay para captar su voluntad, y por ellos tuvo las noticias convenientes del territorio, así como de la fundacion española, de San Estévan, en la cual mandaba el capitan Vallejo, como teniente gobernador de Cortés. Luego Garay mandó á Vallejo una carta con el oficial Diego de Ocampo, noticiándole su llegada y los despachos que traia de gobernador para aquella provincia, requiriéndolo para que lo reconociera en su empleo y obedeciera sus mandatos; pero el teniente gobernador, como era debido se negó hacer dimision de su autoridad hasta no dar aviso á su capitan general, al cual le puso luego un correo dándole parte de aquellos acontecimientos.

[1] Salazar, Conquista de México, par. seg. lib. 2.º cap. 1.º 2.º 3.º 4.º

Cortés para adoptar la conveniente resolución en aquel caso, reunió en consejo á las principales personas que lo acompañaban en México, y allí se determinó mandar una comision que revisara los despachos de Garay, obrando en vista de ellos y con arreglo á las instrucciones de Cortés. La comision, que fué compuesta del P. Olmedo, los capitanes Sandoval y Alvarado y el Lic. Zuaso, que Cortés habia hecho venir de la isla de Cuba para que le sirviera de asesor, partió para San Estévan, donde exigieron á Garay presentara sus proviciones, que fueron desconocidas por que eran despachadas por la regencia y posteriormente el emperador habia nombrado á Cortés, gobernador y capitan general de la Nueva España, que comprendia todas las tierras descubiertas y sujetas por el conquistador.

Mientras se tenian estas contestaciones y se arreglaba la diferencia que habia ocurrido en Vallejo y Garay, por haber apresado el primero, cuarenta soldados del segundo, que habian cometido algunas depredaciones en la poblacion de Nechaplan, los comisionados Sandoval y Alvarado atrajeron á su partido á los oficiales Juan Lepuzcuano y Torre Mocha, cuyo ejemplo siguió despues el mismo Juan de Grijalva, capitan de la armada; y viendo Garay las dificultades de que se iba cercando su empresa, así, porque los despachos de Cortés invalidaban los suyos, como por las defecciones de sus soldados, pidió permiso de pasar á México para hablar con Cortés, para lo cual fué acompañado de los mismos miembros de la comision.

Cortés como capitan bien experimentado, sabia cuan inconstante es la fortuna y las alternativas que los sucesos tienen en la guerra, de suerte, que á pesar del buen éxito con que caminaba su causa, no se desdeñó de manifestar á su contrario su afabilidad, procurando dar el último golpe con un exeso de generosidad. Cuando ya la comitiva se acercaba á México, salió á recibirla, manifestando á Garay

las expresiones de su estimacion: con esto y los buenos oficios del padre Olmedo y el Lic. Zuaso, pronto se arreglaron las diferencias de aquellos dos gefes, desistiendo Garay del derecho que pretendia tener al gobierno de Pánuco, y consintiendo Cortés, en que con su gente desembarcase en el rio de las Palmas, poblando las tierras limítrofes á las que ya estaban conquistadas; pero este arreglo no pudo ejecutarse, porque pocos dias despues saliendo de los maitines de noche buena, acometió á Garay una pulmonía de que murió en breves dias.

Como precisa consecuencia de la muerte de Garay, sus tropas se dividieron disputándose el mando todos los oficiales, de cuya anarquía resultó que se entregaran á cometer mil violencias en los pueblos indígenas, los cuales indignados por aquella conducta, se levantaron contra sus invasores, dando muerte a mas de quinientos españoles y poniendo á los demas en el mayor conflicto, que tuvieron que sostener un penoso sitio en la poblacion de S. Estevan, donde murió el capitán Vallejo.

Cuando en México se recibió esta noticia, Cortés comisionó á Sandoval para la pacificacion de aquellos pueblos: el cual venció á los indígenas y descubriendo quienes fueron los principales de la sublevacion, les aplicó la pena de muerte. ¡Disposicion injusta, porque estos infelices naturales, al manifestar su justa cólera contra los españoles, procedieron en defensa de sus naturales derechos ultrajados por la desenfrenada soldadesca de Garay, al robarles sus intereses y cubrir de ignominia sus familias, violando sus hogares, tan sagrados segun la sencilla legislacion de aquellos pueblos! Tambien á los soldados de Garay se les aplicó el castigo que se creyó oportuno, devolviendo á muchos para Cuba y otros á México, volviendo á organizar el gobierno de la provincia, que se quedó encargado al capitán Vallecillo. Cuando llegó á México

la noticia de las operaciones del caiptan comisionado, dijo Cortés á las personas que lo acompañaban. “Verdaderamente Gonzalo de Sandoval debe celebrarse por uno de los mas ilustres varones de la fama.” (2) Mas ilustre seria su nombre, si el brillo de su valor y la prudencia con que procedió las mas veces, no se hubieran empañado por esta accion, que no puede leerse sin sentirse lleno de indignacion, por las injusticias con que cargaron á los desgraciados naturales la codicia y arbitrariedad de los conquistadores.

CAPITULO XXXVI.

Llegada de los primeros religiosos á México.

No puede menos que deplorarse con toda la amargura de que es capaz un corazon herido por el mas acerbo dolor, el lamentable extravio de la razon, al considerar como en los últimos dias, México ha podido levantar sacrilego su mano, para estampar una bofetada de ignominia sobre el venerable rostro de una religion á quien es deudor de cuantos beneficios puede registrar en sus anales. ¿Qué fué México en su antigüedad? Un pueblo gentil, alimentado con ridículas y supersticiosas doctrinas, que estraviando la inteligencia de sus habitantes, los precipitaron al horroroso abismo de una religion absurda y cruel, por los millares de cruentos sacrificios que diariamente se ofrecian para poder contentar al sanguinario Huitzilopochtli: era un pueblo ciego, caido en el lastimoso abismo de la deprabacion, era el último término de la expresion mas repugnante en la corrupcion de la humana inteligencia.

(2) Salazar part. seg. lib. 2.^o cap. 6.^o 7.^o 8.^o y 9.^o Cabo Los tres siglos de México lib. 1.^o núm. 21.